

vivir en la verdad

ENTRE todas las obligaciones sociales que los hombres reconocen como fundadas en la ley natural, la primera se refiere a la verdad que debe regir las relaciones entre los componentes de todas y cada una de las sociedades.

A la justicia corresponde señalar que debemos a los demás la verdad como fruto propio del intercambio a través del lenguaje. Un deber de justicia elemental nos señala que ante los demás nuestra posición debe caracterizarse por una franqueza que permita el diálogo profundo establecido, con meridiana claridad, sobre la realidad de las cosas. Toda sociedad descansa sobre esta comunicación de verdades y un pueblo que se aparta de este modo de proceder está condenado, tarde o temprano, a pagarlo duramente.

El conocer la mente de los demás, el estar seguro de lo que los demás piensan, es necesario para poder trabajar en común. Nada podrá construirse sin esa armonía y el Dios del Antiguo Testamento no necesitó más que hacer imposible el diálogo para detener la ambición humana en la Torre de Babel. Los pueblos que conversan entre sí, que se comprenden y hablan el mismo lenguaje, alcanzan un desarrollo más pleno y más humano. Para un país y su pueblo no hay nada superior al reconocimiento del mismo conjunto de verdades básicas para poder desarrollarse armoniosamente. La concordia y la paz, que reclaman nuestros Obispos para el país, no podrá lograrse sin la comprensión mutua fundamental a través de la comunión en las verdades fundamentales.

No exigimos una armonía total, sino fundamental. Las divergencias vendrán en segundo lugar, pero no podemos negarnos a reconocer las directivas básicas establecidas a través de la ley natural y coronadas por la Revelación cristiana.

La primera de estas armonías fundamentales debe darse en el cumplimiento del deber de justicia con respecto a la verdad. Más escandaloso que la divergencia en opiniones es pretender negarla a través de la mentira. Para lograr una unión sagrada que salve al país es necesario asegurar, por todos los medios, el reinado de la verdad.

En este nuestro mundo hay todavía un reconocimiento de un orden moral absoluto y a este orden moral debemos rendir pleitesía tanto los cristianos como los no cristianos. El problema más grave se plantea cuando aquellos que reconocen un orden moral lo violan impunemente y pretenden, a través de la mentira, negar la misma violación.

Es hora de que los argentinos nos pongamos de acuerdo sobre estas verdades fundamentales, sobre las obligaciones más valederas, absolutas y universales y, en consecuencia, no nos mintamos sobre ellas.

"La falta de confianza mutua halla su explicación en el hecho de que los hombres, particularmente los más responsables, en el desenvolvimiento de su actividad se inspiran en concepciones de vida diferentes o radicalmente contrarias". Esta frase de S. S. Juan XXIII quisiéramos no tener que aplicarla a la Argentina, pero no hay duda que se están preparando los ánimos para crear esa falta de confianza que si es trágica en estos momentos en el orden universal, es fatal para los pueblos que la incuban en su seno. Para superar esa desconfianza no hay otra arma que no sea la verdad. Y no hay mejor camino para precipitar a un pueblo a su ruina que la mentira.

Existe una primera clase de mentiras que consiste en negar la realidad mental que cada uno de nosotros siente que vive en su interior para dejarla de lado, a fin de poder satisfacer los propios intereses o egoísmos. Todos reconocemos la obligación moral de no robar, pero se miente cuando persiguiendo un lucro se deja de lado la justicia. Cuando solamente se piensa en ganar más y más se está mintiendo acerca de una concepción de la vida que, por estar fundada sobre principios cristianos, no puede hacer de la acumulación de riquezas el fin primordial del hombre. Nos mentimos a nosotros mismos al vivir así y dejamos a los demás con la convicción de que no creemos en un orden moral absoluto. Lo trágico está en esa contradicción que instala-

mos en nuestro propio corazón, en nuestra propia mente y, por lo mismo, fundamentamos la desconfianza a nuestro alrededor. Cuando esta mentira se propaga, toda la vida social se corrompe. La Argentina sufre uno de esos momentos y es necesario reaccionar aunque cueste. No podemos permitir que los especuladores se sigan mintiendo a sí mismos y a los demás negando en los actos lo que de ninguna manera pueden aceptar en su vida moral. Esta mentira es, por otra parte, la que favorece el despliegue del comunismo como un instrumento que pretende ser más perfecto en la aproximación a la realidad. Es conveniente recordarlo: muchos podrán preferir un mundo en el que no se hable de libertad y se afirme su no existencia, a un mundo en el que se habla mucho de libertad pero en el que una gran parte de la población no tiene la menor posibilidad de ejercerla.

Esta primera manera de mentira consiste en negar lo que cada uno de nosotros cree y afirma en su interior como verdad suprema. Hay una mentira más profunda y de consecuencias sociales más graves que consiste en negar la realidad; no querer admitir la verdad de las cosas en sí mismas. Las épocas de grandes transformaciones sociales son propicias para crear esta situación. El hombre que se ha formado en un mundo determinado se acostumbra a considerar que ese mundo es la única realidad. También al mismo ojo humano le cuesta adaptarse a las nuevas realidades que se le presentan. Cuando todo el ser del hombre se ha formado en un determinado escenario, su misma contextura mental queda de tal manera apegada al ambiente que todo cambio le resulta insostenible e inadmisible. Pero el mundo cambia, y en nuestros días cambia con mucha mayor rapidez que en otros tiempos. Nos cuesta admitir que los cambios se han producido y mucho más si no se realiza en la dirección que nosotros hubiéramos deseado. Así pasó con los nobles que sobrevivieron a la Revolución Francesa y al Imperio napoleónico. Un país no se puede gobernar ignorando la existencia de distintos grupos sociales. El bien común surge de las condiciones que se ofrecen al mayor número de ciudadanos para realizar de la mejor manera posible sus propias capacidades. Pretender gobernar el país sin admitir la existencia de una fuerte clase media fue el error de los gobernantes que precedieron a Sáenz Peña. Sáenz

Peña corrigió a tiempo tan grave error, pero se ha vuelto a incurrir en él y las consecuencias no suelen ser las mismas, sobre todo en un tiempo en el que las transformaciones sociales afectan mucho más a todo el país.

Para vivir en la verdad es necesario que los hombres de gobierno ajusten su modo de pensar a las exigencias del bien común.

Dejamos de vivir en la verdad cuando atribuimos a los acontecimientos causas falsas y desconocemos realidades que terminarán por imponérsenos. No existe verdadera política si no está fundamentada en la realidad.

Es más fácil indudablemente vivir enamorados de una ideología abstracta y pretender que los demás y todo el país se ajusten a ella. Pero la realidad y la verdad tienen sus exigencias. La riqueza de la realidad es tan vasta, tan compleja la variedad de los problemas humanos y sociales, que no existe una verdadera política sino aquella que se realiza a través del esfuerzo constante y serio de comprender mejor lo que es realmente el país.

El hombre desarrolla su capacidad intelectual en el contacto con la realidad. Su inteligencia necesita del choque con ella para poder captar más fácilmente la verdad. El hombre, ser encarnado, no puede comprenderse a sí mismo si no es a través de la materia. Por muy espiritual que el hombre sea se apoya en imágenes para pensar y para poder trabajar más profundamente en su propia conciencia. Pero si el hombre no quiere establecer ese contacto no podrá alcanzar la verdad, ni en las cosas, ni en sí mismo. La mentira afecta no solamente nuestra visión de las cosas exteriores, sino también nuestra propia imagen y nos deforma interiormente. El hombre que vive en la mentira es un ser atrofiado.

El último grado de la mentira consiste en dar un nombre falso a lo que nosotros mismos realizamos. ¿Para engañar? ¿Para engañarnos? Poco importa; el daño resulta finalmente contra ambos. No es necesario hacer una lista de todos aquellos aspectos en los que los argentinos nos estamos acostumbrando desgraciadamente a llamar a las cosas con nombres distintos a lo que significan en la realidad.

El país necesita comprenderse a sí mismo y comprenderse en toda su profundidad. El primer aspecto de nuestra reacción debe ser aceptarnos como somos y no como soña-

mos ser. Debemos abandonar el sueño de una fingida grandeza para tomar en nuestras manos la pobre y concreta realidad de lo que somos. Sólo así comprenderemos que es necesario trabajar muy de firme y hombro con hombro para salvar al país y salvarnos a nosotros mismos.

No mentir significa trabajar en serio en la obra de todos los días. Encontrar nuestro lugar para realizar nuestra obra, pequeña si no es posible otra cosa, pero nuestra y bien hecha, sin darle un nombre distinto al que realmente tiene. Para el argentino, todavía hoy, tiene más importancia el parecer que el ser y el puesto que se ocupa más que lo que la propia persona vale. No ha desaparecido el estado de espíritu por el cual se sueña con títulos de "doctor" que no significan nada ni para la misma persona, ni para el país pero que se pueden ostentar superando el complejo de quien no ha sido capaz de valer delante de los demás por sus propios méritos. Los argentinos somos todavía advenedizos en un conjunto de actividades que, puestas en orden, significarían algo para el país, pero que han sido arrojadas sobre los hombros de quienes no están capacitados para realizarlas. El crecimiento de una conciencia profesional, una fiereza acerca de las tareas propias de cada uno es la mejor respuesta a la mentira del advenedizo que todavía hoy amenaza con sumergir a la sociedad argentina en el reinado de la mediocridad.

Una primera gran verdad que debe vivirse en el orden social: el hombre vale por lo que es y por lo que hace para ser mejor y no por la posición que ocupa o por el dinero que posee. De aquí la importancia de la obra bien hecha, sea cual fuere, desde barrer las calles hasta dictar leyes. Todo es perfectamente satisfactorio y digno del hombre si se hace bien. Y es mejor el hombre que barre bien las calles que aquel que hace leyes, pero las hace mal.

La segunda verdad que necesitamos vivir todos los argentinos es comprender que el bien común está por encima de los intereses particulares. Hacer lo contrario, y desgraciadamente se hace desde todos los rincones y puestos, es mentir y mentirle al país. La gravedad de la hora no permite jugar con los deberes fundamentales.

Es necesario que llamemos las cosas por su nombre y que no disfracemos nuestras intenciones. No se puede jugar

impunemente con la realidad social y política, sin verse envuelto en un torbellino. Se dice que Dios ciega a los que quieren perder. Pero no hay peor ceguera que aquella que creamos nosotros mismos al pretender aplicar a la acción que realizamos nombres que no condicen con ella. Hablar de defensa de los derechos gremiales cuando se busca captar votos políticos; llamar economía libre a la defensa de privilegios y protecciones; denominar préstamo financiero a la más despiadada usura que acaba de ser denunciada y condenada por boca de nuestros Obispos; creer que es posible aprovecharse indefinidamente del trabajo y enriquecerse a través de la especulación y degradando la tarea cotidiana de obreros y empresarios; todo esto significa vivir en la mentira y estar dispuesto a comprometerlo todo en puro beneficio egoísta.

La frase de nuestro Episcopado es bien clara: *"La avaricia y la usura llevan a los especuladores a medrar empujando al pueblo a la ruina, olvidándose que buscando mayores ganancias indebidamente pueden perderlo todo ellos también"*. Y Dios quiera que no se encuentren católicos entre tales enemigos del pueblo.

Porque esta es la última reflexión que deseamos hacer. El cristiano tiene en este mundo argentino una responsabilidad peculiar entre sus conculdadanos. Llamado por vocación divina a participar en la vida de Aquel que se proclamó la Verdad no puede hacer de su vida un instrumento de la mentira. Si es triste la condición de aquel que sólo se guía por el egoísmo y deforma su alma en la mentira por ser pagano, el cristiano que no hace de su vida un profundizar en la caridad y no comprende que toda su actividad debe desplegarse al servicio de sus hermanos en el bien común es un verdadero monstruo.

El comunicado dado a conocer por nuestros Obispos es un llamado angustioso de padres que ven a sus hijos en camino equivocado. Sólo podemos desear que su conocimiento y su aceptación abran a los católicos argentinos, a toda la comunidad, caminos más amplios bajo cielos más sinceros. ♦

La Dirección.